

después llegó Amalia para acompañar y consolar a su desdichada amiga.

Núñez se acercó a la puerta y dió un golpe en ella.

—¿Quién es?—respondió Diego desde adentro, con acento brusco y espantoso.

—Yo —contestó Núñez—; el que te ganó ayer, y viene, como quedó dicho, a ver si quieres ir a jugar con él.

—¿Y por qué me has encerrado aquí, miserable?—exclamó apretando los dientes y rechinándolos con fuerza.

—Para que no te marcharas sin esperarme.

—¡Ah! ¿Conque lo hiciste por eso?—preguntó más tranquilo Diego.

—Por eso precisamente. Dime, pues, si estás de humor de venir conmigo a una casa de juego donde tengo todo el oro que te gané y mucho más.

—Estoy dispuesto; pero abre.

Elisa y sus dos niñas temblaron al ver que Núñez se disponía a abrir la puerta.

—Nada teman ustedes; la creencia de que va a jugar ha calmado su furia, y ya sólo piensa en el juego.

Al concluir estas palabras, dió vuelta a la llave, y se presentó Diego, lívido, desgarrada la ropa, y mirando con espanto a todas partes.

Núñez le tendió la mano, y manifestando una alegría intensa por haberlo encontrado, le dijo:

—Ya ves que he cumplido con mi palabra, y vengo a buscarte para que marchemos a jugar.

—Sí; veo que eres hombre de pundonor. ¿Y cuánto oro tiene la casa a donde me llevas?

—Tres mil onzas.

—¡Tres mil onzas! —exclamó Diego sonriendo de placer—.

¡Ah! Las ganaré..., sí; las ganaré para traérselas a mi mujer..., a mis hijas... Vamos.

Elisa no pudo contener un suspiro que oprimía su corazón.

Las dos tiernas criaturas, al escucharlas, prorrumpieron en llanto.

Diego volvió la cara y, como si hubiese recobrado el conocimiento y la razón, se acercó a su esposa, y tomándole con cariño una mano, le dijo:

—¡No llores, vida mía! Ahora voy a ganar..., sí; a ganar para ti.

Y abrazando a Julia y a Teresita, añadió:

—¡Adiós, hijas mías..., adiós! No aflijáis a vuestra pobre madre con vuestros sollozos... Pronto volveré lleno de ri-

quezas, para que seáis vosotras y ella tan felices como merecéis.

Y dándoles un beso en la frente, se apoyó en el brazo de Núñez y salió diciendo:

—Vamos a jugar.

Núñez envió una mirada compasiva a los seres que quedaban envueltos en el dolor.

Poco después se escuchaba rodar el coche.

Elisa exhaló un grito desgarrador.

Julia y Teresita corrieron a abrazarla; y Amalia cayó de rodillas, pidiendo a Dios por el consuelo de aquella desolada familia.

CAPITULO X

Proyectos de muerte

Era pocas horas después de la escena de la capilla.

Duval se paseaba inquieto y a largos pasos por su cuarto.

Tan pronto se dejaba caer sobre una silla, llevando la mano a la frente y fijando sus ojos en el suelo, como se levantaba y recorría la estancia con una agitación violenta.

La luz de un quinqué, colocado en una mesa rinconera, enviaba su claridad por todos los ángulos de la pieza, bañando el severo rostro del personaje que nos ocupa, en que estaban pintados el odio, el temor, la inquietud y la desesperación.

Al cruzar la pieza de un extremo a otro, se detenía con frecuencia, como dominado de un terrible pensamiento; arrugaba el entrecejo, exhalaba un gemido, apretaba los puños fuertemente y levantaba los ojos al cielo en actitud de ira y desesperación.

Parecía uno de esos hombres que, encenagados en el vicio y los crímenes, luchan a sus solas con el remordimiento, tratando de arrojar de su corazón el noble sentimiento de la conciencia que, como acusador inexorable, se les presenta a todas horas para acibarar sus inicuos placeres.

Había encomendado al doctor, como hemos visto en otro capítulo, algún asunto de importancia que le comunicó en voz baja en la capilla, y que Willey salió ofreciendo desempeñarlo fielmente.

¿Y aquel asunto sería acaso de muerte? ¿Había mandado

derramar la sangre de algún inocente, y la idea de su cometido le inquietaba?

Pero no; no era el remordimiento, ese toque celestial que en alas de la fe viene a echarnos en cara nuestros delitos y a señalarnos nuestros deberes, el que agitaba en aquel instante su espíritu. No disfrutaba ya la felicidad de recibir esos secretos consejos que le arrancan al hombre del abismo en que está próximo a despeñarse.

Su corazón, connaturalizado con el crimen, había llegado a ese grado de indiferencia y de insensibilidad en que Dios deja a la criatura cuando, después de continuos avisos, se obstina en desoír los gritos de la conciencia, que no es otra cosa que la voz de su Criador.

Eran su ambición, su temor de perder en un solo día lo que a fuerza de maldades había adquirido, quienes originaban su intranquilidad.

—¡Oh! ¡Estoy perdido! —exclamó, pegándose una palmada en la frente—. Hay días fatales en que parecen citarse todos los males para caer como terribles acreedores de la humanidad, sobre el que menos los temía. Ese maldecido mendigo que se ha interpuesto esta noche en mi camino para destruir el enlace que ambicionaba con toda mi alma...; esa irresolución en don Emilio, aplazando mi felicidad para un tiempo indefinido..., y, por último, lo que acabo de presenciar en casa de Flan... ¡Oh! ¡Sí; estoy perdido sin remedio! ¡Y ese doctor que no viene! ¿Habrá dejado de ejecutar mis órdenes?

Y sacó el reloj para ver la hora.

Luego se aproximó a la puerta, aplicó el oído, y exclamó dando una patada en el suelo:

—¡No parece!

Y se puso a pasear de nuevo en la estancia.

De repente se oyeron los pasos de alguno que se acercaba precipitadamente.

Duval se detuvo en medio de la pieza, conteniendo la respiración para cerciorarse de la verdad.

Entonces percibió claramente la veloz marcha de alguien que llegaba; brilló en sus ojos la alegría; desarrugó el entrecejo, y volvió a dirigirse a la puerta, cuando ésta se abrió, presentándose pálido, cubierto de sudor, y agitado, el doctor, mostrando en el puño de su camisa algunas manchas de sangre.

—¿Ha muerto Leopoldo?—preguntó con impaciencia Duval.

Wiley se dejó caer en una silla, sin poder responder, por la extrema agitación en que llegaba.

—Dígame usted, ¿ha muerto?—volvió a preguntar Duval. El doctor tomó un poco de aliento, y respondió:

—No.

—¡Vive!—exclamó Duval, rechinando los dientes y dejando ver en sus ojos la ira y la desesperación. ¿No estaba donde yo le dije a usted?

—Sí estaba.

—¿Y no le esperó usted a que saliera?

—Lo esperé.

—¿En sitio bueno y acompañado?

—En un sitio oscuro y solitario de un callejón estrecho, de donde podía verlo salir de casa de Rafael, y acompañado de tres amigos míos, armados todos de espada y de puñal.

—¿Amigos leales?

—Tres de los que trabajan en nuestra oficina de moneda falsa.

—¿Extranjeros?

—Extranjeros.

—¿Los que acompañaron a usted al rapto de Luz?

—Los mismos.

—Pues, entonces, ¿cómo vive Leopoldo? ¿Cómo no le han obligado ustedes a que vaya a dar a Dios cuenta de su alma?

—Porque...

—¡Ha tenido usted miedo de matarlo!—dijo con acento de reconcentrada ira Duval.

—¡Miedo para matar...!—contestó Wiley con sonrisa irónica—. ¡Miedo yo para matar!

—Pues entonces...

—Es que no nos han dejado matarlo...; es que a ese hombre le defiende el diablo bajo la forma de otro hombre.

—¿Otro?

—Sí; ese maldito mendigo que se presenta en todas partes como nuestra conciencia; que destruye todos nuestros planes, y contra quien no hay poder humano que lo venza. El impidió se llevase a efecto el rapto de Clotilde, la noche aquella en que hirió a usted en el jardín; él quien me insultó en el baile y se libró de la muerte, hiriéndome, como hoy, la mano, y haciéndome huir; él quien, al ir a alcanzar de Elisa mi ardiente deseo, se apareció de repente, impidiéndome realizar el bien que anhelaba; él quien hoy se ha presentado con el cuaderno en la capilla, para estorbar nuestro enlace; y él, en fin, el que hace un instante ha impedido la muerte de Leopoldo.

—Pero, ¿cómo ha sido eso?

—Lo ignoro. Sólo sé que cuando se acercó Leopoldo al

sitio en que estábamos ocultos y se levantaron los brazos de los cuatro para herirle, nos vimos de repente acometidos por un hombre que se presentó allí, sin que sepamos por dónde; que dándome un tajo en la mano, me obligó a soltar el puñal, y que acuchillando a los cuatro, con un ímpetu indecible, nos puso en precipitada fuga, sin darnos tiempo a volver de nuestra sorpresa.

—¡Oh fatalidad!

—Por fortuna, ninguno de mis compañeros ha caído en poder de él, y hemos podido retirarnos antes de que al ruido acudiesen la justicia y pudiesen conocernos.

—¡Oh!, todo se conjura hoy contra mí —exclamó con acento desesperado Duval—. Sí, todo, y sólo falta a este golpe el otro más terrible que nos espera.

—¡Cómo! —dijo alarmado Willey—, ¿hay algo que temer?

—Mucho; estamos a un paso de ser denunciados como monederos falsos.

—¡Será posible!—exclamó el doctor, poniéndose pálido como un difunto.

—Pero ¿cómo...?; hable usted.

—Sabe usted que esta mañana hice al señor Flan un pago de diez mil pesos.

—Sí; y se me olvidaba obsequiar a los conductores.

—Ese obsequio podrá quedar para otro día. Hoy, lo que necesitamos para no perecer en un cadalso, es que deje de existir esta misma noche el señor Flan, que ha descubierto la mala ley de la moneda que le entregamos, que nos acusará sin duda ante el Gobierno, y que éste, después de confiscarnos los bienes, nos haga morir pública e ignominiosamente.

El doctor se puso pálido y tembló de horror; el temor hizo desaparecer el cansancio que poco antes le impedía moverse, y levantándose súbitamente, preguntó:

—¿Pero está usted cierto de que Flan conoce nuestro secreto?

—Segurísimo. Iba, después de la desagradable escena de la capilla, a comunicarle un asunto, y penetré en su despacho, sin que nadie advirtiese mi llegada; yo le iba a dirigir la palabra, pero me contuve al ver que, armado de un martillo y de un instrumento cortante, se ocupaba en partir pesos, que sacaba de las talegas que yo le había enviado.

—¡Oh, sucedió lo que yo temía!—dijo Willey pálido y sobresaltado.

—¡Es una desgracia terrible!

—Sí; estamos perdidos.

—Sólo hay un medio para evitar que hable.

—¿Cuál?

—¿Y usted me lo pregunta?

—Su muerte, ¿no es así?

—Cierto.

—Su muerte esta misma noche, durante su sueño, antes de que se comunique con ninguno.

—Sería la única manera de salvarnos.

—Y nos salvaremos.

—Después de lo que acaba de suceder con Leopoldo, no abrigo esa confianza.

—Es que a Leopoldo se trataba de asesinarlo en la calle, donde se va con el temor de ser sorprendido de la justicia, y con don Felipe no hay este peligro.

—Es verdad.

—Si las combinaciones mejor dispuestas vienen a tierra cuando hay que ejecutarlas en las calles públicas, no sucede lo mismo con aquéllas que tienen lugar sin temor a que seamos sorprendidos. ¿No tiene usted un ejemplo en el raptó de la hermosa Luz?

—Sí, sí, es cierto.

—Su muerte, es, pues, indispensable, y yo me encargo de ejecutarla.

—¡Ah!, es el único medio de salvarnos.

—No hay otro; si pasa esta noche, mañana estamos perdidos.

—Lo comprendo así.

—No hay, pues, que titubear.

—Pero ¿cómo penetrar hasta su alcoba sin ser visto?

—Me ocurre la manera de conseguirlo.

—¿Sí? ¿De qué manera?

—La casa contigua a la suya es de vecindad; en ella hay cada ocho días baile de suscripción, y hoy, precisamente, es uno de ellos.

—¿Y eso de qué puede servirnos para llevar a cabo nuestro objeto?

—Déjeme usted acabar y lo sabrá.

—Escucho.

—He dicho que hay bailes de suscripción y que hoy se da uno. Comprando, pues, un billete, puedo asistir a ese baile; subir sin ser visto a la azotea, cuando juzgue que es hora a propósito; pasar de ella a la de Flan, y descender a su habitación, que está retirada de los cuartos que ocupan los demás; poner término a su vida, y volver a entrar en el baile, sin manifestar alteración y permanecer en él hasta el siguiente día, para no despertar sospechas.

—Pero ¿olvida usted que la azotea del señor Flan está cuidada por un enorme perro de presa que con sus ladridos pondrá en movimiento a todos los criados?

—También tengo previsto ese inconveniente y la manera de vencerlo.

—¿Cómo?

—Muy fácilmente.

—Le quitaremos su ferocidad antes de que pueda avisar con sus ladridos.

—¿De qué manera?

—¿Ignora usted que soy médico?

—Pero.

—Arrojándole, sin presentarse a él para que no ladre, un pedazo de carne.

—Envenenada, ¿no es esto?

—No; porque la justicia, al ver muerto al perro, sospecharía que el asesino había penetrado por la azotea.

—Es verdad.

—Y a nosotros nos conviene que las sospechas recaigan sobre otro.

—¿Sobre quién?

—Sobre Félix.

—Pero ¿cómo?

—La carne, en vez de envenenada, contendrá una exacta cantidad de narcótico; de manera que cuando se lleguen a practicar las diligencias y averiguaciones que en semejantes casos se usan, el perro haya vuelto de su profundo sueño.

—Comprendo.

—La justicia, no encontrando de esta manera rastro ninguno que le indique haber penetrado en la casa un hombre, recelará de los que en ella habitan, y yo haré de modo que las sospechas caigan sobre el dependiente.

—¿Pero de qué suerte?

—Ese es mi secreto.

—Bien.

—¿Le agrada a usted mi plan?

—No puede ser más feliz.

—Me alegro.

—Ahora sólo falta que la ejecución sea pronta.

—¡Oh!, lo que es este golpe, será seguro.

—Igual cosa me dijo usted del dispuesto para Leopoldo, y sin embargo...

—Allí temía ser sorprendido; estaba a merced del primero que llegase a pasar por la calle; aquí, logrando penetrar

en la casa, estoy a cubierto de las miradas de todos, dueño del campo, y libre para herir a toda mi satisfacción.

—¡Oh!, la confianza de usted reanima la mía, que empezaba a desaparecer.

—Estoy seguro del buen éxito.

—Bien; pero que sea antes de amanecer.

—Cuando todos los que habitan la casa duerman profundamente—dijo el doctor, disponiéndose a salir.

—Nos va en ello la fortuna y la vida.

—Con la muerte dejaré aseguradas ambas cosas.

—Entretanto, yo veré a los conductores; hablaré con los dos socios que tienen que volver a nuestra clandestina fábrica, les diré que no acufien más moneda; que recojan cuanto existe en el laboratorio, y después saldremos del país para vivir tranquilos.

—Es toda mi ambición.

—Que se realizará muy pronto.

—Permanecer más tiempo cuando nos cercan tantos peligros, sería una imprudencia que podría costarnos muy cara.

—Por lo mismo, es preciso que demos con seguridad este golpe.

—Repito que respondo del éxito.

—Bien; yo, entretanto, iré, como he dicho, a dar las órdenes necesarias para que todo se recoja.

—Perfectamente—dijo Willey, dando la mano a Duval—. Ahora parto a desempeñar la empresa que se me ha encomendado; hasta mañana.

—Adiós. Una palabra nada más—añadió Duval, deteniendo al doctor.

—¿Cuál?

—Es preciso que mañana, temprano, vaya usted a visitar a Clotilde, porque la dejamos algo indispuesta de resultas de la terrible escena de la capilla.

—¡Siempre esa mujer que nos ha de ser funesta!

—Es encargo que me hizo don Emilio al despedirme de él; teme que las emociones hayan afectado su corazón, y desea que la vea un facultativo. ¿Permitiremos que éste sea don Rafael, el amigo de don Leopoldo, a quien sin duda llamarían si usted faltase?

—De ninguna manera. ¿Y es de cuidado la indisposición?

—No; pero puede servirnos para ganar tiempo y ver cómo podemos apoderarnos del cuaderno y hacerlo desaparecer.

CAPITULO ALFONSO
 U. A. N. E. I.

—¿No es más acertado que nosotros desaparezcamos del país antes?

—Yo no puedo irme sin Clotilde.

—No olvide usted que una pasión fué la causa de que su hermano de usted, Francisco Picaluga, muriese en un patíbulo.

—¡Silencio! —dijo Duval, mirando con recelo hacia todas partes—, que no sepan que llevo ese apellido.

—No tenga usted cuidado; respeto el pacto que hicimos al asociarnos.

—No hay que olvidarlo, pues; y marchad a disponeros para que desaparezca de la lista de los vivientes ese don Felipe, que puede denunciarnos.

—Parto al momento; adiós.

—Adiós.

Y Willey desapareció, mientras Duval se quedó pensativo y receloso, en medio de la pieza.

CAPITULO XI

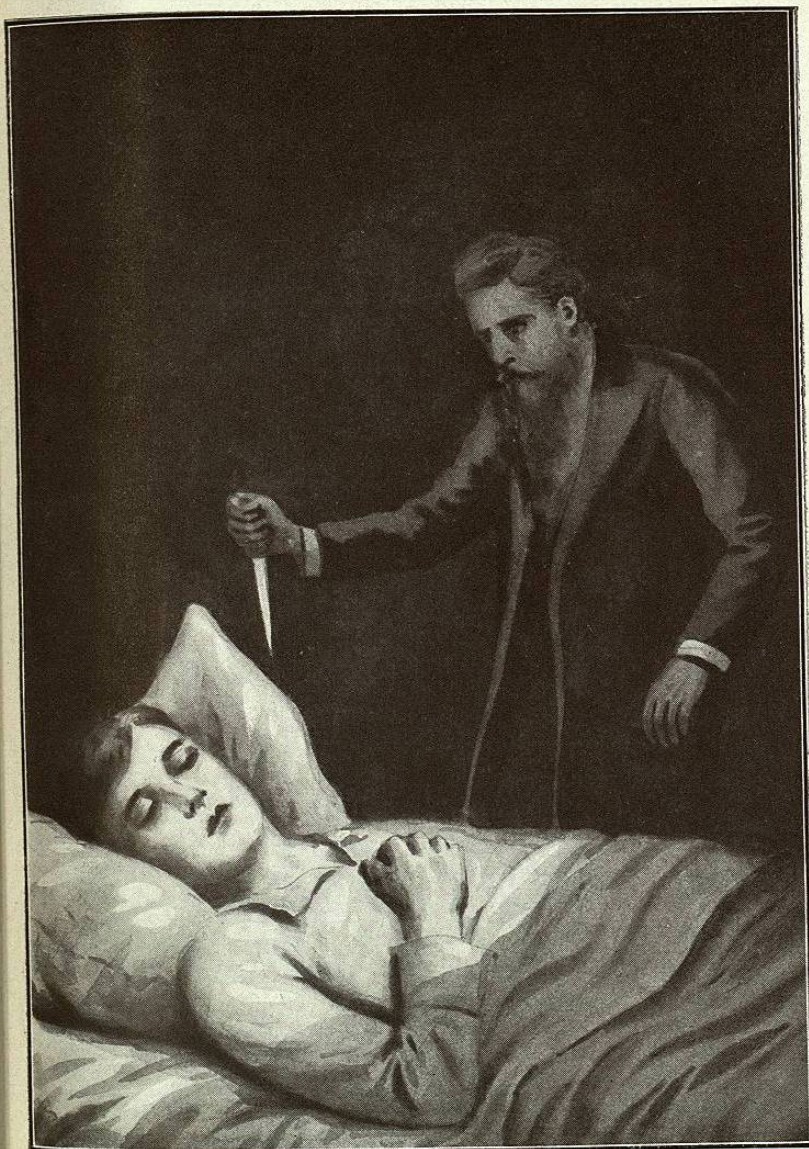
Una escena sangrienta

—Tenía usted razón, don Félix —decía paseándose por el almacén, don Felipe Flan, la misma noche en que Duval y el doctor habían resuelto su muerte—. Duval es un monedero falso; un infame que se ha enriquecido defraudando al público. Cien pesos he partido, sacándolos de distintas talegas, y todos tienen el alma de cobre.

—Es preciso —dijo Félix— denunciar este escandaloso hecho a la justicia ahora mismo, para que sea aprehendido antes de que llegue a traslucir la menor cosa.

—No; porque eso sería condenarle a perecer en un cadalso; y aunque me ha engañado, aunque ha abusado de mi confianza y ha hecho traición a mi amistad, no trato ni de perderlo, ni de perjudicarlo, sino de que repare en lo posible el daño que ha causado, comprometiéndose a responder a las reclamaciones que a mí se me dirijan.

—Muy noble, muy digno del hidalgo corazón de usted es ese rasgo; pero no creo que Duval corresponda jamás a esa generosidad; por el contrario, temo que abusando de ella, continúe explotando con otros esa mina, ya que con usted le es imposible, siendo usted, sin intentarlo, cómplice



... descargó el terrible golpe sobre la víctima.

(Página 85.—Tomo II.)

BIBLIOTECA ALFONSO
 V. A. N. E.